**El drama de nuestro tiempo**

La Gran Ignorancia

Por supuesto, cuando propuse que hablásemos acerca de las postrimerías todos me miraron con cara de ternero: ¿qué es eso? ¿Los “novísimos”, *anyone?* Tampoco. Mucho menos “las cuatro últimas cosas”, que más bien suena a receta de cocina.

No sabían a qué me refería. Ni idea.

Es uno de los síntomas de lo que ocurre en nuestro tiempo: nadie sabe nada acerca de las últimas cosas, a qué nos referimos con eso, de cómo termina todo, del fin del hombre, del fin del mundo. Y por eso, entre otras cosas, nada parece tener *sentido* (¿cómo van a tener sentido las cosas, si no se sabe hacia dónde se dirigen?).

Lo primero que hay que decir es que no siempre fue así. Más bien al revés: los hombres de todos los tiempos, de todas las civilizaciones, de todas las culturas siempre se han preguntado por estas cosas, por la muerte, si el alma es eterna o no, qué pasa después de la muerte, si hay un juicio definitivo, si acaso nos aguardan recompensas y castigos… y en base a sus conclusiones, ajustaban su vida en este mundo sublunar a esas mismas conclusiones.

El que no ajusta su existencia, su vida, su tabla de valores, decidiendo qué tiene importancia y qué no y hasta qué punto… está loco. Y no puede hacerlo si no concluye correctamente.

Borges, por ejemplo. Castellani inventó un diálogo imaginario con el gran escritor que dice más o menos así:

Borges: El infierno no existe. Lo niego. .

Castellani: Pero entonces deberá negar el cielo.

Borges: Niego el cielo.

Castellani: Pero entonces deberá negar la moral.

Borges: Niego la moral.

Castellani: Pero si niega la moral deberá negar la lógica.

Borges: Niego la lógica.

Castellani: Pero si niega la lógica deberá negar el lenguaje.

Borges: Niego el lenguaje.

Castellani: Pues entonces debiò Ud. callarse de entrada nomás y no hablar estupideces.

En nuestra civilización occidental que alguna vez fue cristiana, todo parece indicar esto mismo que acabo de decir: las fiestas y los vestidos, las procesiones y los sacramentos, los cementerios y las catedrales, el incienso y la música sagrada, los autos sacramentales y las poesías populares, las oraciones fúnebres, las misas exequiales y la liturgia diaria, las oraciones para cada ocasión y las bendiciones de todo tipo, los exorcismos y las ceremonias de coronación, las unciones y las consagraciones, innumerables frescos y murales—miles de colores, sonidos, perfumes, formas y rituales recordaban a los hombres una y otra vez estos asuntos finales, estos asuntos que se consideraban tan, tan importantes que había que recordarlos, de muchas maneras, una y otra vez: cómo termina el hombre, cómo termina el mundo, cómo se termina todo.

Y eso, claro, pasó a la poesía popular de la Cristiandad, como se ve claro en las Coplas a la muerte de su padre, de Jorge Manrique:

*Recuerde el alma dormida,*

*avive el seso e despierte*

 *contemplando cómo se passa la vida,*

*cómo se viene la muerte   tan callando…*

Insisto. Se insistía en este asunto porque se sabía -desde siempre y en todas partes- se sabía que los hombres son remisos a considerar estas cosas, que no les gusta pensar en general, pero mucho menos pensar en esto, en que todo algún día se termina y habría que ver cómo. En esto los romanos parecían obsesivos, sus *“memento mori”* (recuerda que morirás) aparecen dichos y representados en palabras, poesías, canciones, cifras, esculturas y pinturas de una y mil maneras: recuerda, tú hombre necio, olvidadizo y sonso, veleidoso y vanidoso, cobarde o valiente, lo mismo da, con o sin dinero, de buena salud o no, mujer, esclavo, comerciante o soldado, es igual, aun niño, me da lo mismo, recuerda que tú, por pertenecer a la raza humana, estás destinado a morir y vas a morir lo sepas o no, te guste o no, y no sabes cuándo, y no sabes cómo.

Es cierto que el recuerdo de nuestro fin, de la muerte, del juicio, del purgatorio y del infierno pueden producirnos temor y eso en el mundo moderno—junto con el arrepentimiento, junto con la tristeza—está muy mal mirado: en las últimas décadas los cristianos tenemos prohibido, por decirlo así, tener miedo. Pero ocurre que el miedo nos protege de las cosas que hemos de temer. Claro que hay que poner orden en eso también: Santo Tomás lo llamaba *“ordo timoris”*, el orden de nuestros miedos. Y así por ejemplo hay que tenerle más miedo al pecado que a la pobreza, o, a ofender a Dios que al patrón en el trabajo. Pero sí, está muy bien temerle a nuestro final, o, por decirlo mejor, tener miedo de terminar mal: eso nos ayudará a terminar bien…

Y con esto en la cabeza, con el recuerdo del fin del hombre, cada cristiano aprende a valorar las cosas, sabe qué importa y qué no y hasta qué punto.

Miren, por ejemplo, cómo lo ve todo el Cardenal Newman:

La Iglesia Católica sostiene que es mejor que el sol y la luna se desplomen, que la tierra se hunda y que los millones de hombres que viven en este planeta se mueran de hambre y padezcan una agonía extrema antes de que una sola alma, no diré yo, se pierda, sino que una sola alma cometiese un solo pecado venial, diga una sola mentira deliberada, o que inexcusablemente robe un solo centavo.

Como vemos, esta manera de considerarlo todo “sub specie aeternitatis”, trae, cómo no, un poco de miedo: pero también nos ayuda a habérnosla con una cantidad de cosas con las que uno se topa en la vida y que no le gustan nada, desde la injusticia, hasta un cáncer, por poner un caso.

Como lo dice nuestro Martín Fierro:

*Amigazo, pa sufrir*

*han nacido los varones;*

*estas son las ocasiones*

*de mostrarse un hombre juerte,*

*hasta que venga la muerte*

*y lo agarre a coscorrones.*

La imagen descartada

Pero aquí tenemos que detenernos a considerar este fenómeno que ninguno de nuestros antepasados podría creer: y es esto, que los de la cultura cristiana y europea de los siglos XX y XXI vivimos un tiempo excepcional, un modo de vida que nunca se había visto antes, una cosa increíble para otras civilizaciones y otras culturas y para la nuestra, de muy poco tiempo atrás: vivimos un tiempo en el que la mayoría de los hombres no piensan, nunca, o muy poco, o de un modo enteramente superficial y frívolo, acerca de su fin, de cómo han de terminar, de cómo se termina todo, y cuándo.

Y esto en buena parte por la fuerza de eso que Lewis llamaba “la correntada”, las modas del tiempo, los humores de cada cual, lo veleidosos que somos todos. Al punto de descreer de nuestro propio fin, de nuestra muerte (créase o no).

Esta rebelión de los humores contra lo que uno realmente cree sucederá siempre. Por eso la fe es virtud tan necesaria: a menos que aprendamos a dar de mano con nuestros estados de ánimo nunca seremos cristianos consistentes; ni siquiera seremos ateos consistentes, sólo criaturas vacilantes que van y vienen, con sus creencias realmente a merced del clima o de la buena o mala digestión después de almorzar.

Por tanto, uno debe afirmar el hábito de la fe. El primer paso consiste en reconocer que nuestros estados de ánimo van y vienen. El segundo consiste en asegurarse de que, una vez aceptado el cristianismo, hagamos un esfuerzo en tener presentes algunas de sus principales doctrinas por algún tiempo, todos los días.

Aquí la razón de las oraciones diarias y las lecturas espirituales y el ir a la iglesia: constituyen la trama, la malla de una vida cristiana. Aquellas cosas que creemos requieren de una permanente recordación. Ni esta creencia en particular ni aquella otra permanecerá viva automáticamente. Debe ser alimentada. Y de hecho, si examináramos a cien personas que perdieron su fe en el cristianismo, me pregunto cuántos de ellos habrían llegado a esa conclusión a fuerza de razones y argumentos honestos.

Más bien parece que la inmensa mayoría sencillamente se dejó arrastrar por la corriente.

Y así es, la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos, los modernos, se encuentran enteramente distraídos de mil maneras, (y no menos que por otras cosas, por medio de toda clase de artefactos electrónicos) y no piensan en esto—en estas cosas que están allí, esperándonos, cosas inmutables, cosas que siempre permanecen, más allá de lo que nos pueda pasar a nosotros, más allá de lo que pase en el mundo—la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos no recuerdan que se van a morir, no anticipan su juicio, no creen que puedan terminar eternamente mal o eternamente bien, infelices, tremendamente infelices, para siempre, o, por el contrario, felices con una felicidad desbordante que no existe en este mundo, una cosa que no cabe en cabeza de hombre, una cosa que no les será quitada jamás y que durará por siempre jamás.

¿Por qué?

Muy poco autores pudieron predecir esto: que llegaría un tiempo en el que los hombres se volverían de tal modo frívolos y superficiales que lograrían olvidar incluso su fin, el destino que les aguarda, eternamente.

Pero la conjunción de innumerables factores lograron precisamente esto y los medios masivos de comunicación hicieron posible lo que antes habría sido impensable: conseguir que millones de hombres y mujeres se volviesen frívolos y superficiales, tensos, acelerados, irreflexivos y estúpidos: incapaces de contemplar la naturaleza, de admirar el buen arte, de celebrar las cosas buenas de esta vida, ignorantes de las cosas que constituyen la trama secreta de una buena vida, desconocen el arte de la buena conversación, no saben intercambiar experiencias, escuchar a los que tienen experiencia, venerar a los ancianos, repetir antiguas historias con su carga de moralejas y ejemplos, jugar a los mismos juegos y cantar las mismas cosas tal como lo habían hecho nuestros antepasados, leer los mismos libros, disfrutar de las mismas comidas, repetir los mismos rituales que iban pasando de generación tras generación con su carga de sabiduría, con su humor tan particular que nos viene de tiempo inmemorial, con su acumulación de consejos, dichos, refranes, proverbios y bromas que constituyen el acervo de un país… no sé, cosas como las que compuso Quirno Costa:

*Se vive una sola vida,*

*Caminando hacia la muerte.*

Y, por encima de todo, el ruido, el ruido constante que denuncia Sabina en una de sus canciones, la incapacidad del hombre moderno por guardar silencio, habiendo olvidado aquello de San Francisco de Sales:

*El bien no hace ningún ruido,*

*Y el ruido no hace ningún bien.*

Esa estridencia, ese ruido loco constante—a modo de ejemplo, nos vienen a la memoria los gritos de Tinelli en sus programa de tele—impide que el hombre se ubique, se determine respecto de su fin, se acuerde de su fin y consecuentemente, se comporte apropiadamente (como dicen los ingleses *“putting on your best behaviour”* que quizás se podría traducir como “adoptando tu mejor compostura” o “tu mejor comportamiento”).

Y sí, habría que recordar lo de Kierkegaard, que una vez dijo que si había que prescribir un sólo remedio para todos los males del mundo moderno, prescribiría el silencio.

Por lo demás, hay un fenómeno en nuestro tiempo que resulta difícil de explicar: cómo el drama representado, la tragedia visualizada, en el cine, en las películas de TV, no concitan la catarsis como en todo tiempo lo hizo el teatro…

¿Y a ud. qué le importa?

Fíjense en nuestros contemporáneos, si quieren: apurados en sus automóviles para llegar al trabajo, escuchando una radio en la que una muchacha imberbe y perfectamente ignorante (de todo, de la lengua castellana con la que ejerce su oficio, también) repite los lugares comunes de la última imbecilidad a la orden del día (por caso, pongamos, el “Oscar” que no le dieron a tal actor, o la mejor dieta del verano). Nuestro protagonista le presta poca atención a la radio que tiene encendida y le presta poca atención al modo en que maneja. En general, es un tipo que presta poca atención a casi todo, salvo cuando se trata de dinero y de sexo. No tiene amigos, en su casa no escucha música, es una casa sin libros y un solo cuadro (que nadie sabe de dónde salió), no tiene, prácticamente, vida social. Se la pasa mirando tele, tiene pocos hijos a los que le da la menor bola posible. Con su mujer se la pasa discutiendo por esto o por aquello: generalmente por cosas de muy poca monta (de si cambiar la heladera o no, de si ir al club el fin de semana o no). Si uno se atreve a preguntarle algo medianamente interesante, te mira con cara de pocos amigos: prohibido preguntarle cómo eligió a quién votar, por qué se viste así o asá, cómo eligió el destino de sus vacaciones, mucho menos bienvenidas serán las preguntas con connotaciones un poco más profundas, si le gustan las tormentas de verano, por ejemplo. Se entusiasma con el fútbol, eso sí, aunque ya no va a la cancha porque es peligroso… No tiene religión de ningún tipo, no sabe qué es eso y no le interesa.

Y es un actor importante en la sociedad: después de todo es gerente de un banco, o es visitador médico, o es abogado de una compañía de seguros, su parecer tiene alguna influencia aquí y allá. No es un don nadie.

Y cuando se junta su parecer con el de millones de otros que tienen una vida más o menos igualmente pobre, igualmente rutinaria, igualmente vacua, su parecer se multiplica por mil, por un millón: y van a incidir en el rumbo político, cultural y económico del país.

El hombre frívolo, el hombre superficial de nuestro tiempo.

Hace unos años hubo un best-seller que hablaba del “hombre light”, pero ese libro desapareció como por ensalmo.

Los hombres “light”, son tipos que ni en un millón de años se van a jugar por algo importante: nunca, jamás. Y van a querer hacernos creer que eso es ecuanimidad.

 Chesterton les hizo un buen retrato:

La imparcialidad es un pomposo nombre para llamar lo que en realidad sólo es ignorancia; y la ignorancia no es más que un elegante nombre para lo que en realidad sólo constituye una supina indiferencia.

Por no hablar de la mujer, que esto, como bien lo notó Spengler, resulta infinitamente más grave. Porque de esto no podemos dudar: ¿quién va a educar a nuestros hijos? ¿Quién les va a enseñar a nuestros niños a tener una buena vida, a ser honestos, derechos, corajudos, patriotas y buenos amigos?

¿Esta que va a hacer pilates martes y jueves? ¿La que se pasa leyendo revistas de moda, probando nuevas dietas, recorriendo los “shopping” a la búsqueda de más y más trapos? ¿La que infringió la ley de Dios limitando nacimiento? ¿La que ni siquiera sabe en qué andan sus hijos? ¿La que sólo quiere “progresar” y comprarse una casa más grande e irse de vacaciones a un lugar más lejano?

Claro, a nadie le gusta que lo tachen de superficial: basta leer los reportajes a las modelos, por ejemplo, cómo se empeñan en convencernos que son muy reflexivas, cómo leen mucho libros importantes, cómo se toman en serio todas las cosas… Y luego cuando se les pregunta por su defectos admiten que son obsesivas de su trabajo… mientras posan semidesnudas para la revista… ¿qué nombre le pondríamos?... *“Feria de Vanidades*” (sí, no ser rían, existe, cómo no, en USA se llama “Vanity Fair”).

A nuestros contemporáneos superficiales, bobalicones, consumistas, materialistas, metrosexuales, vanidosos, veleidosos, contradictorios, inconsistentes, caprichosos y no sé cuántas cosas más, no les gusta que se los tache de superficiales, de frívolos, no señor. Y sin embargo, así estamos: no saben qué es importante y qué no: y entonces le dan una enorme importancia a cosas que no la tienen, o que no la tienen tanto: no sé, el culto moderno de la salud, del estado físico, por ejemplo, por no hablar de los que se obsesionan con sus animales domésticos o qué sé yo qué otro disparate…

Así son la mayoría de nuestros contemporáneos: gente que no reflexiona, que no sabe pensar, que ni siquiera tiene conciencia de su ignorancia, que no sabe de dónde viene ni a dónde va, gente que está sola, que está completamente distraída, como perdidos en un bosque de estupideces, que si el azúcar produce cáncer, que cómo alcanzar el punto “G”, que si hay chotacabras al acecho, que conviene dormir con la cabeza apuntando hacia Oriente, y tomar mucha, mucha agua, todo el tiempo...

El disparate de la enorme cantidad de gente que no piensa ha sido bien retratado por Peter Kreeft:

Es la vieja historieta cómica de Jeff y Mutt. Jeff está de pie junto a una pila de piedras en cuya cúspide se encuentra un farol encendido en medio de una ruta, de noche.

Aparece Mutt y pregunta:

-Jeff, ¿tú pusiste ese farol ahí?

-Sí, Mutt.

-¿Y por qué?

-Para avisarle a los autos no sea que choquen contra las piedras.

-¡Ah! ¿Y tú pusiste las piedras también?

-Sí, Matt.

-¿Para qué?

-Para sostener el farol, claro.

Siéntense un rato junto a un puente de una ciudad hasta que el estrépito del tráfico se grabe en vuestras almas y parecerá que el puente es inevitable y que siempre estuvo ahí. Luego, de repente interróguense con la pregunta filosófica: ¿Por qué está ahí? Respuesta: para que la gente de los suburbios pueda acceder a la ciudad a la mañana y volver a sus casas a la tarde. Muy bien, ¿para qué van a la ciudad? A trabajar. ¿A trabajar en qué? Toda suerte de trabajos necesarios. ¿Por ejemplo? Bueno, policías, enfermeras, financistas, albañiles, ingenieros, políticos, zapateros, profesores de matemática... ¿Y qué hace toda esa gente? Bueno, los policías se ocupan de la seguridad del tráfico en los puentes. Las enfermeras curan a la gente lastimada en el tráfico del puente. Los financistas financian la construcción de los puentes. Los albañiles trabajan en dicha construcción. Los ingenieros diseñan puentes. Los políticos autorizan la construcción de puentes. Los zapateros fabrican calzados para cruzar puentes. Los profesores de matemática enseñan a los futuros ingenieros... ¿No ven?

Las piedras están allí para el farol, el farol está allí para las piedras.

Y claro, todo este sinsentido que constituye la atmósfera, el clima interior de nuestros contemporáneos no siempre es culpa suya: vivimos en una sociedad en la que quienes tienen por deber principal hablarle a la gente sobre esto, no lo hace, o casi nunca, y si acaso alguna vez lo hace, invariablemente lo hace mal.

Me refiero a los que piensan, a los que contemplan, a los estudiosos, a los escritores, a los artistas. Pero principalmente a los curas, claro, a los obispos, por supuesto, que tienen por misión primera enseñar.

Del Papa mejor ni hablar.

Esto de pensar y reflexionar y acomodar nuestra existencia a las conclusiones a que hemos llegado constituye un deber que nos incumbe a todos: se trata de un deber religioso. Pero los que tienen por mandato enseñar religión, guiarnos en cuestiones religiosas, principalmente los curas, los obispos y el Papa (aunque no desdeñaremos a los catequistas y a los “agentes pastorales” de toda laya), deberían hablarnos mucho y bien acerca de estos asuntos finales, de nuestra postrimerías, de la muerte y de lo que nos espera después de la muerte (esto último, *“Lo que te espera después de la muerte”*, es el título de un libro formidable de Albert Frank-Duquesne, que los que se le animen deberían leer y releer… hasta el día de su muerte. Y es gratis, y se puede descargar de la librería Vórtice).

Cuestión de vida o muerte

Y sí, cuando uno quiere enfatizar la importancia de algo suele decir que es un asunto “de vida o muerte”, ¿no?, el aborto, sí o no, por ejemplo.

Ahora si la Iglesia Católica, si los católicos de nuestro tiempo, obispos, curas, monjas y laicos, si todo ellos son tan frívolos y tan superficiales, tan necios y tan estúpidos, como para no encarar *lo que realmente importa*, pues, ¿qué decir?, apaga y vámonos.

Cómo se trivializa todo, hasta el martirio si me apuran. Ahora tenemos un Papa que, mientras decapitan a cristianos a troche y moche, se pone a escribir una encíclica sobre la ecología y la importancia de proteger el medio ambiente (y para esos cristianos no hay una sola palabra de aliento): ahí tienen un buen ejemplo de lo que a un tipo le importa, y qué no.

Y es por esto que el mundo nos trata tan bien, a nosotros los católicos, pese a que nos odian, pese a que es nuestro enemigos (¿recuerdan los tres enemigos del alma? Pues bien, el mundo es el primero de ellos.)

Castellani lo ha dicho bien:

El inquisidor se mete conmigo—dice Unamuno—y el mercader no se mete conmigo. El inquisidor es intolerante y el mercader es conmigo de la más exquisita tolerancia. Pero es que el inquisidor me toma en serio, me toma por algo importante, mi alma por algo inmortal y mi camino por un descamino; en tanto que el mercader no ve más que mi dinero. Los dos me son odiosos; pero prefiero la violencia amante del inquisidor a la cortesía interesada del comerciante.

Y ahí estamos, con un catolicismo que no molesta a nadie siendo que el verdadero ha prácticamente desaparecido de la faz de la tierra mientras otro modo de ver las cosas—un modo contrario a lo que siempre ha predicado el cristianismo—ha ocupado su lugar.

Y la nota distintiva, característica, de este nuevo catolicismo, el catolicismo progresista, consiste precisamente en esto: que es frívolo y superficial, que todo lo pueriliza, que no encara los grandes temas del hombre, que no añora a Cristo ni espera su Segunda Venida en Gloria y Majestad, que no anticipa el Fin del Mundo ni se fija en las señales que lo preceden. Y si lo hacen ¿no van y se fijan en las profecías de Nostradamus, de Favio Serpa o de la última aparición de Nuestra Señora en no sé dónde? Pero desconocen lo que dicen las profecías canónicas, lo que dijo Cristo mismo sobre todo esto, lo que dijeron los Apóstoles, sobre todo San Juan.

Constituye la nota distintiva de nuestro tiempo, tal como lo puso en verso nuestro insigne Castellani, otra vez:

*Ojo al Cristo que es de cobre*

*Le conozco la receta*

*Hoy día al falso profeta*

*Que el mundo loa y acata—*

*Para hacerlo hablar en plata*

*Les enseñaré una treta.*

*Al que venga con grandezas*

*Terrenales discursiando*

*Y los venga emborrachando*

*Con un silbo de serpiente*

*Pregúntelén solamente*

*Si volverá Cristo—y cuándo.*

*Les dirán que Cristo es Dios*

*Y el Credo y la Letanía*

*Hay un punto todavía*

*Que a un hereje lo resuelve—*

*Pregunten si Cristo vuelve—*

*“¡Qué va a volver! ¡Volvería!”*

El drama de nuestro tiempo

De manera que el drama de nuestro tiempo es que ha perdido la noción misma de lo dramática que es la vida, de las consecuencias terribles que tienen nuestros actos y nuestras omisiones, de las cosas que están en juego a cada paso. Como lo dijo Chesterton alguna vez,

*Antes de que un hombre haga algo,*

*se libra una batalla en los cielos.*

¿Batalla?, se pregunta el hombre moderno que no ve más allá de sus narices, ¿qué batalla? La batalla de los ángeles caídos contra los justos, la batalla del bien y del mal… y mucho, mucho más.

Y hay que agregar una cosa más a la larga lista de cosas que hacen que perdamos eso que Unamuno llamaba *“El sentimiento trágico de la vida”*: y es la concepción militar de nuestra religión. Como lo dice el profeta Job: “Milicia es la vida del hombre sobre la tierra” (VII:1) y así se expresa una y otra vez San Pablo como cuando le pide a Timoteo que “milite la buena milicia” (I:18).

Pero, claro, si no hay batalla, si no hay una guerra en curso ¿quién va a pelear, por qué razón? San Pablo, una vez más, lo dice muy gráficamente:

*Si la trompeta emitiera un sonido confuso*

*¿quién se prepararía para la batalla? (I Cor. XIV:8).*

Que es lo que pasa hoy en día: la trompeta, si acaso llega a sonar, emite un sonido harto confuso.

Ahora nadie puede combatir tampoco por la verdad, por el bien, por Cristo, si no cuenta con un sentido trágico de la vida, el drama que se encuentra en el centro de nuestra religión.

Se podrá tacharlo de ingenuo al Rey Clodoveo cuando exclamó en su clase de catequesis sobre la pasión y muerte de Nuestro Señor “¡Ah, si hubiese estado ahí con mis francos!”, pero díganme si no constituye un poco de aire fresco ante el pálido clima relativista, cínico e indiferente que domina los espíritus de nuestro tiempo.

En esta materia, nadie como Bruckberger, por ejemplo, para decir lo que es en sí cuando le escribe al mismísimo Jesucristo:

La imagen del buen Pastor, que tendría cierto sabor sentimental es corregida duramente por Ti: hay lobos, hay saqueadores, el pastor muere por sus ovejas. Para Ti el amor no es una languidez del alma, es un heroísmo.

En verdad el Antiguo Testamento había revelado también un dios de amor: los profetas están llenos de gritos de ternura y de celos. Pero tu propia revelación es haber llevado todo al extremo, todo, pero sobre todo, el amor. El heroísmo sangriento del amor, eso eres Tú. Cierto, tu amor tiene sus alegrías, todos los santos lo testimonian, pero no son alegrías al nivel de la bagatela y de la broma.

Tu palabra a Santa Catalina de Génova hiela la sangre: “No te he amado yo para reírme.” Señor, ¿hacia dónde nos conduces?

No te he amado yo para reírme… es tiempo de recordar el nombre de San Miguel Arcángel, nuestro santo patrono: *Mikael*, que quiere decir “¿Quién como Dios?”, lo cual puede traducirse de muchas manera, pero que siempre aludirá a las prerrogativas, a la majestad, a la soberanía, al poder y a la grandeza de Dios.

Colofón

Pero nos hemos alejado un tanto de nuestro tema principal: los novísimos, sobre los que quiero hablarles en cuatro sucesivas charlas, cuatro charlas que versarán sobre lo que los ingleses llaman “las cuatro últimas cosas”: muerte, juicio, infierno y cielo, aunque también hablaremos, si cabe, acerca del fin del mundo, sobre la Parusía y el milenio si a mano viene…

Ahora, era fundamental que les hiciera vez cómo el hombre moderno ha perdido el sentido dramático de su existencia y la importancia que tiene todo en su vida: Hitchcock definió al drama como “cualquier vida, sacándole las partes aburridas”. Y nosotros podemos decir más todavía: que no hay partes aburridas, que todo está cargado de sentido, que hay que descifrarlo, que no hay nada más importante en el mundo.

Y como insiste Santo Tomás Moro, sólo se nos pide una cosa, un pequeñísimo esfuerzo de memoria, nada más.

Un pequeño esfuerzo de memoria que acarrea un beneficio, un premio inmenso a cambio.

La promesa se encuentra en el libro del Eclesiástico y es, por tanto, palabra de Dios.

¿Se nos pide un pequeñísimo esfuerzo de la memoria?

Sí señor, nada más que eso:

Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás (VII:40).

Finis